

Antonio PEIRÓ ARROYO: *Regadío, transformaciones económicas y capitalismo (La tierra en Zaragoza 1766-1849)*. Diputación General de Aragón. Zaragoza, 1988, 261 pp.

(Publicada en *Jerónimo Zurita. Revista de historia* (Zaragoza), núm. 58 (1988), pp. 167-169)

Los historiadores conocen bien el hecho de que la crisis del sistema feudal y la aparición del capitalismo ha sido tema fundamental en la renovación historiográfica de los años sesenta, hecho fundamental a su vez para que hoy al fin la historia sea considerada como una ciencia social, y no sólo mera narrativa novelada o creación literaria. La historiografía aragonesa ha respondido con retraso y mucha parquedad a este proceso de renovación. Los análisis históricos *duros* (escritos en lenguaje formalizado, sin concesiones literarias, con pretensión de rigor conceptual e insistencia en el tratamiento seriado de los datos) del proceso en localidades o áreas de la región datan de hace escasamente una decena de años, e incluso menos, y son muy pocos.

El libro de Antonio Peiró que aquí comentamos se inscribe dentro de esta perspectiva y además reduce significativamente nuestras lagunas sobre el tema, al ocuparse del núcleo económico de la cuestión, a saber, las transformaciones agrarias habidas en la capital aragonesa durante los casi cien años del proceso revolucionario burgués. Un libro que ciertamente, por planteamiento y resolución, podemos calificar de *duro* en el sentido antes apuntado: serio, sólido, sin concesiones formales, producto de una gran labor de depuración y tratamiento de fuentes estadísticas y testimoniales, que presenta un planteamiento claro y lineal y un enorme esfuerzo por condensar y sintetizar la mucha información recabada.

El esquema de análisis, aunque aporta puntos de vista nuevos, puede decirse que en general se mueve dentro de los problemas clásicos sobre el tema planteados por la historiografía de los últimos veinte años. Toma como punto de partida la problemática en torno a la propiedad y la renta de la tierra durante el proceso revolucionario burgués, y no es un libro sólo sobre el siglo XVIII o sobre el XIX (hecho frecuente), sino sobre todo el período 1766-1849, en que se produjo el proceso. Esta coherencia cronológica es muy de alabar. Por lo que se refiere al planteamiento general debe destacarse también el hecho de que siendo sin dudas un libro de historia económica, su objetivo es hacer historia sin más; el análisis no queda prisionero de las categorías y conceptos propios del análisis económico, sino que trata de medir el alcance social de los problemas. En ese sentido el autor deja traslucir en ocasiones la intención, perceptible aunque no explicitada, de medir el cambio social a partir del cambio económico, o mejor aún a través suyo.

El texto es de prosa clara y el libro se lee fácil, a pesar de que el tema en sí no sea ameno. La cantidad de información manejada en poco más de 200 páginas de texto (incluidos nada menos que 58 gráficos) es realmente importante, lo que exige una lectura detenida y cuidadosa a quien quiera extraer la gran cantidad de datos que contiene. Quizás la fuente más importante y destacable utilizada en el trabajo es el catastro para el cobro de la Unica Contribución, que en Aragón empezó a elaborarse en el siglo XVIII, una documentación absolutamente fundamental para el conocimiento de la historia aragonesa que se conserva en diversos archivos locales, y que en el de Zaragoza hace apenas dos o tres años se ha descubierto que existe. Y no porque los historiadores no la hubieran buscado antes, por cierto. Peiró ha tenido el acierto

y la paciencia de ser el primero en enfrentarse a una documentación que exige un análisis lento y poco vistoso, pero que da información de gran calidad.

El estudio se divide en cinco capítulos. El capítulo I tiene carácter de introducción general. Analiza el marco económico general, detallando la estructura productiva y la renta líquida generada por los diversos sectores en 1806, así como el terrazgo y la población activa agrícola en 1787. El II, tomando también como fundamento el catastro de 1806, examina toda la estructura de la propiedad de la tierra, según las categorías sociales del catastro mismo, con una lista de los mayores propietarios, encabezada por los grandes conventos de la ciudad. En el III se hace una reconstrucción minuciosa de la situación y extensión de los términos regantes tradicionales, así como de la distribución del poder hidráulico a partir de las ordinales de regantes del siglo XVIII, y la redistribución de los aprovechamientos hidráulicos que se produjo en la huerta meridional de Zaragoza con la construcción del Canal Imperial de Aragón (s. XVIII) y el nuevo régimen de los sindicatos de riego (1849). También se analizan los cultivos de la zona de monte, el valor de la producción (con predominio de la de vino, trigo y aceite, por este orden), los sistemas de cultivo (dos cosechas al año por lo general) y un apartado tan breve como interesante dedicado a las formas jurídicas de propiedad y explotación de la tierra: arrendamiento, terraje y enfiteusis.

En el capítulo IV, dedicado al análisis de las distintas coyunturas de la producción y los precios así como al problema de la comercialización (éste se trata muy de pasada), el autor proporciona algunos de los datos más interesantes del trabajo. En él se determina la evolución de la producción mediante cinco series de arriendos diezmales y sobre todo se proporcionan unas series seculares (1780-1876) de precios agrícolas medios de mercado inéditas (los datos se toman de un amplio trabajo suyo publicado en "Agricultura y sociedad" en 1987) que prácticamente son las primeras en dar una referencia sólida de la evolución del mercado zaragozano en este período (la publicada por F. Baras y J. Montero en 1986 es de precios de venta, sólo de trigo y para los años 1749-1805). Más novedoso aún es el análisis de la evolución del precio y la demanda de tierra, tema realmente difícil de conocer por las dificultades que plantean las fuentes.

El capítulo V se dedica a las transformaciones agrarias. En él se examinan el gran aumento de la superficie cultivada durante el período (principalmente por repartos de tierras del Canal Imperial y roturas de comunes), el importante crecimiento de las superficies de vid y olivo sobre todo, y los cambios en la propiedad de la tierra; a partado que en mi opinión es de los más interesantes porque contempla como un todo la cadena secuencial compuesta por las ventas de tierras de la Compañía de Jesús (1767), la desamortización de Godoy (1798), los repartos napoleónicos de tierras (1810-1814), las confiscaciones a conventos en la guerra ("Bienes nacionales", luego arrendados desde 1811), las ventas voluntarias postbélicas que realizaron los propios conventos al quedar arruinados, la desamortización del Trienio (1820-1823) y las etapas desamortizadoras de Mendizábal y Espartero (1834-1841). Realmente no conozco caso local en donde la exposición del proceso desamortizador muestre con mayor claridad la temprana (desde 1767) y continua introducción de superficies agrícolas en el mercado de la tierra. Un mercado cuya progresiva liberalización es hecho fundamental para entender el sentido del proceso revolucionario burgués. Después de leer a Peiró está más claro que en España la destrucción del Antiguo Régimen empezó en 1766, no en 1789 o 1808, y también que en Aragón la punta de lanza del proceso hay que buscarlo necesariamente en Zaragoza y su entorno agrícola.

Unas conclusiones muy breves resumen al final las principales transformaciones observadas en el período y los efectos sociales que de ellas se desprenden. Un crecimiento de la superficie cultivada de más del 50%, el gran aumento del regadío, son sólo marco económico en que se produjo el fenómeno fundamental: el gran trasvase masivo de tierras de las instituciones eclesiásticas a las capas burguesas de la ciudad, impuesto por el proceso desamortizador y también por su propia ruina económica después de 1813. A lo largo del período se produjo por un lado un gran aumento del número de latifundistas y la creación de una nueva oligarquía terrateniente, y por otro un gran crecimiento del número de jornaleros en la ciudad; en definitiva de un proletario urbano de base agraria. Ello, unido al hecho de que la labor benéfica y asistencial que realizaba la Iglesia no fue sustituida por un Estado aún muy débil, explica en buena medida la fuerza de la burguesía agraria zaragozana y la importante conflictividad social que hubo en la ciudad durante el siglo XIX. En definitiva, lo que se acaba planteando son los orígenes económicos de la revolución burguesa en Zaragoza.

Las muchas virtudes del libro no eliminan la existencia de alguna decisión discutible. Señalaré dos. Una es la de no recurrir a series diezmales para medir la evolución de la producción agraria; la mala calidad de las fuentes episcopales no debiera ser un obstáculo insalvable. Otra es la opción de convertir todas las medidas aragonesas de superficie, capacidad y monetales, muy variables, a las del sistema métrico decimal, y hacerlo por una sola tabla (pp. 16-17). Hay que admitir, no obstante, que la única solución satisfactoria al problema sería un estudio minucioso de los cambios metrológicos, imprescindible en un período en que tanto el sistema estadístico como el sistema metrológico tradicionales empezaron a venirse abajo y las conversiones entre ellos hubieron de experimentar variaciones.

La amplia relación de la bibliografía y fuentes utilizadas y un detallado índice onomástico añaden atractivo a un libro que resulta necesario para los historiadores profesionales y muy recomendable para todo lector culto por la calidad e importancia de los datos que aporta. A partir de ahora el conocimiento del proceso revolucionario burgués en Aragón empieza a abandonar el campo de las conjeturas y suposiciones, para caminar hacia otro mucho más seguro fundado en certezas y conocimientos sólidos. Algo que era necesario y urgente.

Guillermo Pérez Sarrión
Universidad de Zaragoza